

## CARIBE, DEL SUEÑO AL TESTIMONIO\*

Gabriel González-Vega

El primer largometraje de Esteban Ramírez se rodará durante cinco semanas en Puerto Viejo. Un elenco internacional, el mejor que se haya orquestado aquí en Costa Rica, encarna la adaptación del cuento *El solitario*, del genial escritor Carlos Salazar Herrera.

El guión lo hizo Ramírez de la mano de Ana Istarú, poetisa, dramaturga y actriz, cuya explosiva inteligencia ella maneja con estricto rigor intelectual. El joven cineasta se forjó esta oportunidad con una eficaz mezcla de empeño y buen tino; él sabe fijar objetivos y rodearse de gente idónea.

No pasó por una “preselección” de la Sexta Muestra, pero en la Séptima Muestra de Cine y Video Costarricense presentó una lograda versión de un cuento de la erudita Myriam Bustos (*Rehabilitación concluida*), que le mereció a Sara Astica el premio a la Mejor Actriz.

Luego de ésta, una de las tres mejores ficciones del 98 —que marcó el renacer del cine costarricense— realizó *Once rosas*, historia sencilla narrada con singular destreza, donde unió su visión personal de la ilusión del amor con la ingeniosa descripción de un San José atractivo; en Cartagena descubrió a la peruana Mónica Sánchez y la ligó a Fabricio Gómez: una pareja con verdadero talento y vocación. También enroló dos productores de lo mejor, Tobías Ovaes y Karl Heidenreich. Como coproductor, desde el Centro del Cine, apreció en él una tenacidad que no frenaron ni la envidia ni los costos. En este corto, ganador de la IX Muestra y de aplausos dentro y fuera del país, hizo equipo con el brillante fotógrafo Mario Cardona (*La segua*) y el excepcional sonidista Nano Fernández: con ambos se lanza ahora a labrar su ópera prima.

Como en la mayoría de nuestra literatura, en *Caribe* el adulterio es el eje de la acción dramática. Una perspectiva posmoderna de la familia y el género nos lleva a un final sorprendente. Asimismo, revela la lucha de la sociedad civil en la Costa Rica del Atlántico, plétórica de vida espléndida y diversa, enfrentada al poder depredador de la petrolera y sus cipayos. Él debe crear los vínculos que imbrican lo personal con lo social en esta sabrosa trama de afectos y desafectos, lealtades y traiciones, personajes y paisajes.

Para eso Ramírez cuenta con Jorge Perugorria. El experto actor cubano, estrella iberoamericana, aúna simpatía y método; recordemos su convincente ciego en *Lista de espera* y su entrañable homosexual en *Fresa y Chocolate*. La española

Cuca Escribano, actriz consumada, como muestra en *Poniente*, tiene una compleja gama de emociones que dibujar con su media hermana, la dulce mexicana Maya Zapata (Ariel por *De la calle*). En roles pequeños, destacan el veterano Gabriel Retes y otros notables como Leonardo Perucci, Telma Darkins, Álvaro Marengo y Arnoldo Ramos, premiado por *Password* (la voluntad de Ingo Niehaus —con ayuda, entonces, del Centro de Cine— de expresar su valioso testimonio). Con *Caribe*, Esteban Ramírez se lanza a rodar sin complejos y con sus propios recursos: el cine nacional costarricense no cesa de soñar y dejar huella.

### En Limón se filma

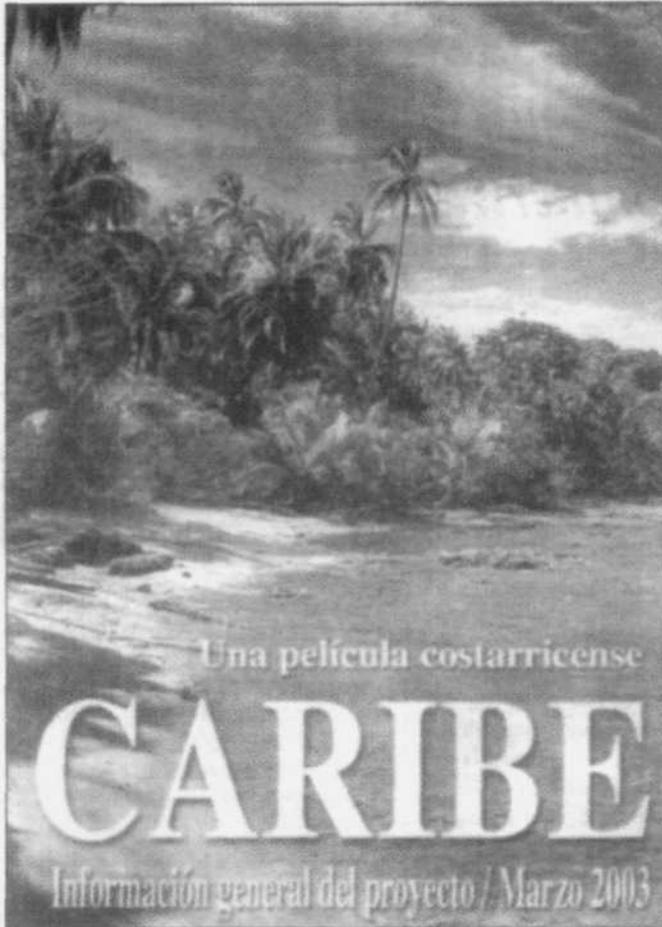
La selva frondosa es una franja verde oscura y alta que oculta el Atlántico agitado a pocos metros de distancia. Por ahí, una amplia tienda ampara el servicio de *catering*. El angosto camino de tierra hacia la carretera está atravesado de vehículos, cajas y costoso equipo de filmación. En el corredor de una cabaña conversan la actriz española Cuca Escribano y el talento nacional Roberto McLean. Ellos son Abigail —la esposa de un agricultor— y José Jackson —el ermitaño—, dos de los cuatro protagonistas del filme *Caribe*. Frente a los actores, el publicista Mario Cardona vigila el lente, estudia el encuadre.

Técnico de mil batallas, Eduardo Ramírez se apresta por su lado con la claqueta electrónica. La que pide “cámara...” es la mexicana Lourdes Elizarrarás, asistente de Dirección, menuda y seria, se mueve con certeza y propiedad sin denotar cansancio; sabe bien lo que está haciendo. Durante unas semanas dejó su querido *El Semáforo* (las salas digitales cerca de la U). Junto a Esteban, el continuista cubano Manuel Francisco Jorge, al que



Esteban Ramírez, director del filme *Caribe*, junto al actor Roberto Mc Lean

\* Tomado del *Semanario Universidad* de la Universidad de Costa Rica, ediciones del 16 de mayo y 19 de junio del 2003, con quien *Archipiélago* sostiene una relación de intercambio y mutua colaboración.



El guión de la película Caribe fue escrito por el cineasta Esteban Ramírez y por Ana Istarú, poeta y dramaturga

todos ven con gran respeto por sus —dicen— setenta filmes anteriores. Atrás, rodeado de aparatos, Nano Fernández no cesa de explicar detalles técnicos sobre el sonido. Junto a Cardona, otro cubano, el “foquista” Alejandro Fernández, tan risueño como seguro de su tarea, cambia objetivos. El ambiente es tranquilo, aunque concentrado. No se escuchan gritos ni se ven pleitos; sí dudas, consultas, tanteos, y ¡a seguir rodando! Con Esteban a la cabeza, parece que comprenden la importancia de lo que hacen, de lo que han avanzado, y de que, si no terminan bien, se les viene el mundo encima.

De la choza pasan a un claro de la selva; va de nuevo, ajeteo de “gaffer” y “grips”, luces reflejadas, el “dolly” sobre rieles tendido en la hojarasca, una bella heliconia amarrada a un tronco; ahora Cuca se pasea con Jorge Perugorría (Vicente), joven veterano e icono del cine regional. Cae la noche, hay que desmontar y descansar (algunos, porque otros tuvieron fuerzas para darse la vuelta por Johnny’s Place, donde el reggae baila con sus velas haciéndole guiños al océano). Al día siguiente, llamado a las cuatro de la mañana. Ellos confían en que basten los treinta y cinco días de rodaje previstos. La película, de bajo presupuesto (algo más de medio millón de dólares), es muy cara para nuestro medio. El riesgo lo asume la empresa Cinetel, de la familia Ramírez Jiménez; por allí vemos a Víctor, el padre, un reconocido intelectual, y a Pablo, el hermano, quien al igual que en el corto *Once Rosas*, oficia de editor.

En una carta, el presidente Abel Pacheco valora el filme y reconoce “el mérito de rescatar y exponer la lucha antipetrolera” así como “dar a conocer... el irrenunciable compromiso de la nación costarricense con el respeto a la naturaleza en todas sus dimensiones”. Vale el apoyo moral, pero como subraya con firmeza Perugorría, si el Estado no participa y aporta —como sí lo hace en Cuba y México, por ejemplo— es casi imposible que estos esfuerzos aislados y magníficos se conviertan en una verdadera industria.

Lourdes recalcó la cálida acogida que la comunidad ha brindado a los cineastas. Esa donde aún se ven los rótulos “No al petróleo”, un sentimiento bastante extendido. Vemos un Puerto Viejo tendido junto al susurro del mar y cuajado de tienditas con chucherías, de comidas tradicionales, de pequeños hospedajes, de fiesta y surfistas envueltos en la exuberancia de flora y fauna que amenaza la ilusión petrolera. De excavar, quizá no encuentren el oro negro, o peor aún, como lo escribió con fisga el economista Leonardo Garnier, quizá sí, y se inicie entonces una especie de desdichada Venezuela en Limón. Víctor BARRIGA, el panameño afincado en Tiquicia, un hábil gerente de producción, comenta con entusiasmo cómo para el filme recrearán los duros debates sobre la petrolera, con gente de ambos bandos, incluido Fabián, el reconocido ecologista hijo del Presidente de la República.

La mexicana Maya Zapata hace de Irene, la joven hermana, cuya fresca ternura tienta a Vicente. La premiada actriz, de sólo 21 años y una sonrisa irresistible, elogia nuestra legislación de género y se involucra en el tema ambiental; con madurez insiste en que la comunidad sólo ha ganado una batalla, no la guerra. El filme es otro episodio para repensar el asunto: ¿qué desarrollo quiere Costa Rica? A la empresa extranjera la encarnan dos diestros que saben ser antipáticos: el mexicano Gabriel Retes (la autoridad corrupta de su excelente *Un dulce olor a muerte*) y Arnoldo Ramos (el cínico Jimmy de *Password*, galardonado mejor actor del año).

Más, para el tema de fondo —en la superficie está el triángulo afectivo y erótico de Vicente, Abigail e Irene—, el valor de la tierra, la fuerza de la naturaleza, el sentido de la justicia, los hace humanos Roberto McLean como Jackson. Luego de mucho buscar Ramírez logró con el actor de otrora, ahora abogado, un *casting* idóneo. Porque el negro Roberto cautiva con su potencia espiritual, con su indudable sabiduría, con ese halo de misterio y raigambre natural que describió la pluma precisa de Salazar Herrera, autor del cuento original. El personaje es clave para sustentar la historia y Roberto lo está consiguiendo. Pese a que con humildad dice que él es sólo “un pequeño y oscuro meteorito que brilla con el fulgor de las estrellas que lo rodean”.

La verdad, allí, en los set, se ve cómo es que día a día *Caribe*, el filme —también retrato propicio de una Costa Rica lejana a los josefinos—, logra hacer equipo para forjarse hacia su destino: los espectadores. Les falta mucho todavía, pero ¡cómo han avanzado! El rodaje sigue y McLean sueña un ideal bolivariano, dice, unírnos como en la filmación, para resolver nuestros problemas sociales. ☐

**Gabriel González-Vega.** Periodista costarricense, colaborador de *Semanario Universidad* de La Universidad de Costa Rica.